

El aviso se pregonó; como unas treinta niñas volvieron inmediatamente á la escuela; la retribución, los atrasos y todo lo demás, fué satisfecho, el alcalde guardó silencio, los concejales se lavaron las manos, y, exceptuando los que manifestaban inquina particular contra la maestra, casi todos los demás mostraron alegrarse por su victoria, hasta aquellos mismos para quienes habían sido espectáculo divertido las desgracias de la maestra. Aplaudían la entereza de su carácter; decían que el alcalde había recibido al cabo la lección que él mismo se buscaba. Ahora, durante algún tiempo, tendría las orejas gachas. «Pero ¡qué gran carácter de mujer!—decían—¡qué joven tan modesta, tan graciosa en su aspecto, y qué doncella tan animosa!» ¡Oh! Si todas las maestras hubieran sabido hacer respetar su persona y su cargo de aquella manera, la autoridad municipal no habría cometido tantas ruindades, ni hubiera realizado tantos abusos, y habrían ido también mucho mejor las escuelas, que era lo más interesante. En último resultado, todo ¡gracias á Dios! había concluido perfectamente.

UN DESENGAÑO

Doblemente feliz se sintió el maestro con lo sucedido, porque veía concluir el martirio de aquella pobre criatura y comenzar al propio tiempo un periodo de tranquilidad, en él que esperaba que Faustina se dejaría arrastrar por el amor de que le había dado una prueba tan triste y tan adorable en aquel momento de abandono desesperado. En la primera noche que la vió en el terradillo, aprovechó la oportunidad, con el valor de quien considera que su pasión es correspondida, y con vehemente ternura le mostró entera toda su alma, acariciando los dedos que ella había puesto entre las estacas de la cancela, y deteniéndose para tomar aliento al terminar cada frase. Habló por mucho tiempo, suponiendo que ella guardaba silencio porque la emoción la impedía hablar; hizole compren-

der que para él aquel cariño llenaría toda la existencia, que no podría renunciar á él sin dar por perdidas para siempre todas sus esperanzas de felicidad, y hasta de reposo. Pronunciadas aquellas palabras, besó con ardor los dedos de Faustina. Esperó tembloroso, procurando leer la expresión del rostro de la joven, velado por la obscuridad.

El sonido de la voz que respondió á sus ruegos le oprimió el corazón desde las primeras palabras. ¡Ay! No era aquella la voz de una mujer enamorada.

—Doy á usted muchas gracias, amigo mío—respondió la maestra con acento de dulce melancolía; siempre estaré reconocida á usted de todo corazón...; usted ha sido para mí un hermano... Sin usted, acaso no habría yo tenido fuerzas para resistir tanto... Si se presentase la ocasión, nunca podría hacer bastante para pagar á usted lo que le debo. Le quiero á usted mucho, y puedo decirselo... Pero lo que usted desea... es imposible.

El joven, trastornado, repitió aquella eterna é insensata pregunta de los enamorados no correspondidos:

—¿Por qué?

La joven suspiró.

—Porque...—respondió lentamente, con acento de ternura casi maternal,—porque mi vida está ya fijada. Debo consagrarme por completo á mi padre... ¡Usted es tan joven!... No es ese mi destino... No puede usted figurarse el disgusto que me causa decirselo.

Después de un instante de silencio, replicó en voz baja, muy dulcemente:

—Es imposible. ¡Ah! ¡Mire usted! Lo decía yo—exclamó después, de repente, al oír los sollozos que Emilio procuraba sofocar.—«¡Debía yo acabar haciendo á usted padecer! ¡Es mi destino! ¡Esto es lo peor de todo! No puedo escuchar... ¡Vamos, señor Ratti!—Le ruego.—¡Dios mío! No haría usted lo que hace si supiese lo que me atormenta.—Déjeme usted la mano.—Tómela usted; pero tranquilícese...»

¡Ah! He padecido ya bastante. No, Ratti, ya basta. Me llama mi padre.»

Pero el maestro no soltaba la mano, y toda su juventud, probada en la desgracia y sedienta de amor,

hablaba en aquellos momentos. Sí; Emilio quería que Faustina le amase; Emilio esperaba aquel cariño desde los primeros años de su juventud; había adorado en la niñez, había amado la enseñanza, esperándola á ella; era huérfano, estaba solo, sin esperanza de dicha en el mundo; pero el mundo se transformaría para él, si ella le quería; ella, ella, ninguna otra, porque nunca encontraría otra semejante, hermosa como ella sola; buena, como su madre; animosa, como una santa mártir, digna de ser adorada de rodillas. ¡Cuánto había padecido, y cómo la había amado en el transcurso de aquellos tristes días ya pasados! Al verla transitar por la calle, pálida y valerosa, entre miradas burlonas, hubiera besado con gusto el suelo en que ella posaba sus pies; habríale dado á beber su sangre para vigorizar sus fuerzas, y había llorado de admiración, de amor y de ira.

—¡Oh, Faustina... idolatrada Faustina!... No soy, es verdad, digno de hablar á usted siquiera... ¿Por qué habría de quererme? Toda mi existencia no vale lo que una palabra de tu boca. ¡Criatura hermosa y bendecida!—Pero, ¿quién te ha enviado? ¿Quién te ha enviado? ¡Oh! ¡Cuán feliz, cuán dichoso me sentiría quedándome muerto ahora aquí, con tu mano sobre mi pecho!

Calló anhelante, y besándola los dedos. La joven no respondió. Intentó Emilio detenerla una mano; la mano quiso retirarse; pero, al intentarlo, temblaba.

Pasó un instante breve, que pareció eterno al joven, y en el que oyó la voz ronca del torrente como el grito confuso de una multitud que pasara sin término; vió los fuegos de los pastores encendidos en la montaña; en un momento pensó en su propio aspecto, en algunas mujeres que le habían mirado con simpatía, en el dolor que habría experimentado si hubiese recibido otra negativa, é invocó á su madre con el pensamiento, como si creyese ó esperase algo de su intercesión.

Por último, escuchó aquella voz, una voz de tal dulzura que, al oír las primeras palabras, esperó todavía.

—Gracias—dijo la joven, cuya voz apenas se oía.—No olvidaré nunca lo que usted me ha dicho... Nunca.

Mientras yo viva, le querré muy de veras... llevaré su recuerdo en el corazón...

Y después haciendo un esfuerzo grandísimo, prosiguió:

—¡Pero es imposible!... Nosotros no podríamos amarnos sino de una sola manera; y esto no puede ser. Ambos tenemos para en adelante un deber: el de no hablar nunca de esto. También será un sacrificio para mí. Usted será dichoso sin mí, amigo mío; estoy segura. Si le ocasiono un dolor, perdóneme usted... usted, que es tan bueno. Siga usted queriéndome mucho... como un hermano. Y sea usted siempre bueno, como ahora, para regocijar á su madre.

El joven se llevó una mano á la boca, y lanzó un gemido.

La maestra, movida á compasión, introdujo la mano entre dos balaustres de la cancela como para conceder á su vecino un consuelo último.

Emilio se apoderó de aquella mano, y la cubrió de besos, chocando con su frente en la barandilla.

—¡Adiós!—dijo ella, dando un suspiro y retirándose. Emilio dió todavía un beso en el vacío.

Después la llamó, se puso á escuchar; pero sólo consiguió oír el ruido del torrente. Faustina ya no estaba.

Pasó Ratti una noche horrible. Al amanecer del día siguiente volvió á verla en el terradillo; estaba pálida y tenía los ojos encendidos. La maestra le saludó con mucha dulzura.

Aquella tarde tornó á sus ruegos, con un nuevo vislumbre de esperanza. Pero lo mismo aquella que otras veces, Faustina respondió lo mismo siempre, inclinando la cabeza tristemente, y diciendo, fijos los ojos en los pinos del otro lado del patio:

—Es imposible... No hablemos más de esto.

Emilio la obedeció. Reanudaron poco á poco sus conversaciones de otros tiempos, pero sin encontrar en ellas los momentos hermosos del pasado. Parecíale á Emilio que nada tenía que decir; él mismo era el primero que ponía término á la conversación. Transcurridos quince días, Emilio no procuraba hablarla; concretábase á cambiar tristemente un saludo, ella

procurando fijar la mirada del joven, él tratando de evitar la de Faustina. Todo había concluido.

OTROS DESENGAÑOS

Emilio la idolatraba, sin embargo, y aún padecía. Hubo menester consuelos, y tornó á buscarlos en la escuela; pero era ya tarde. La escuela no presta consuelos sino á sus amantes fieles, y castiga con más severidad á los tornadizos que á los que no la han amado nunca. Su clase se encontraba en el desorden más completo; desorden que la autoridad fomentaba. Es verdad que el alcalde, que había cobrado ojeriza al maestro, no quería comenzar contra éste una lucha á testarazos, como la que había librado con la señorita Gallí, para salir con las manos en la cabeza; habíase convencido de que era necesario utilizar otra estrategia, que consistía en hacerle intolerable su permanencia allí, á fuerza de continuos alfilerazos. Por eso en la escuela, donde el ordenanza no ponía los pies, iba amontonándose la suciedad; dejábanle carecer de tinta y de yeso para la pizarra; no daban cuadernos á los alumnos pobres, que iban á clase con las manos vacías y no hacían más que perturbar. Los muchachos, que comprendían perfectamente por todo eso que el Municipio deseaba poner en la calle al maestro, le alzaban el gallo en la escuela; le aconsejaban, por medio de inscripciones y de letreros en las tapias, que levantase el campo, y se daban mutuamente con el codo, sonriéndose, cuando Ratti decía á los de segunda:—«El año que viene haré» que estudiéis esto ó aquello;—todo lo cual laceraba el alma del joven. Uno de los peores era el hijo del asesor licorista, un muchacho de unos once años, el cual, siempre que el maestro repetía, como es costumbre en todos, una frase ó una palabra habitual, contraía de cierto modo el cuero cabelludo, con que todos los cabellos se le venían hacia abajo como una peluca que quisiera separarse, cosa que hacía reír estrepitosamente á todos

los discípulos, sin que el maestro pudiese castigar al causante, porque decía que era un «vicio de naturaleza», que tenía desde muy pequeño. Cierta día, por otro motivo, el maestro le expulsó de la clase; pero volvió á poco con su padre y se originó delante de todos los muchachos una disputa que mermó más la escasisima autoridad que conservaba. Y cuanto más disminuía su autoridad, tanto más aumentaba la violencia de Emilio. Pronto llegó á simular que pegaba, después á pegar; al principio muy suavemente, después con fuerza. Experimentó las primeras veces amarguísimo remordimiento, después se acostumbró. Pero muy pronto experimentó los efectos tristes de esa conducta. Violento, formaba discípulos violentos. Los muchachos se insultaban mutuamente por la calle, con las injurias mismas y los mismos denuetos que su profesor les lanzaba en la escuela; y en los días en que él pegaba á uno, ellos andaban á patadas, unos con otros, por una palabra ó por una mirada. Aún pegándolos no conseguía más obediencia que antes. Pocos días bastaron para que se convenciera el joven de una gran verdad que había oído enunciar en la escuela: que en la lucha con el maestro colérico y largo de manos, el alumno, que adivina por intuición que la ira es debilidad, porque sólo nace del despecho de no saber hacerse respetar naturalmente, acaba siempre por vencer. Desde que el maestro colocó su poder en la mano, su mirada y su voz dejaron de tener fuerza; cuando dirigía una reprensión, los muchachos le miraban la mano, y mientras la mano permanecía quieta, se sonreían; y los golpes mismos con que hoy reducía á los alumnos al cumplimiento del deber, no bastaban ya al día siguiente: era menester darlos más fuertes. Por mucho que se hubiese agriado el carácter de Emilio, la actitud de perros golpeados que adoptaban al acercarse á él sus alumnos, le humillaba: echaba de ver que los caracteres se pervertían y llegaban á perder toda dignidad, y en las miradas de los chicos leía que el único sentimiento duradero que dejaban en ellos los golpes, aparte del miedo y del dolor, era el de la venganza. Tenía ya unos diez en cuyas caras veía constantemente el propósito de hacerle daño más tem-

prano ó más tarde. Por eso los odiaba; por eso padecía. Y si alguna vez le vencía el remordimiento, si trataba de volver á ser el que antes había sido, templado y benévolo, advertía inmediatamente en los alumnos una actitud de triunfo y de burla, como podría advertirse en un enemigo ante quien se rindiesen las armas por miedo, y aquella actitud volvía á levantar en su corazón la acritud y la cólera. La escuela había llegado á ser para Emilio un tormento y él era desgraciado.

LA BEBIDA

Entregóse entonces Emilio á un vicio al que muchos otros maestros rurales se abandonan, á veces inconscientemente, poco á poco, arrastrados por el ejemplo de las gentes que les rodean: se dió á la bebida. Principió esto una tarde en que, para olvidar cierta burla miserable de un niño en cuya adhesión creía Emilio, fué éste á buscar en el fondo de una alacena una botella rancia de «extracto de racimo puro»; botella que le había regalado un año antes el padre de uno de sus alumnos de la escuela de dibujo, el cual tenía un despacho de vinos y licores en la casa contigua.

Algunos tragos de aquel vino hicieronle extraordinariamente agradable la lectura de la colección de periódicos de enseñanza y le proporcionaron, al cabo de unas horas, un sueño franco y seguido, que hubiese buscado inútilmente hasta la media noche. Como su cuartito había llegado á serle odioso, principió á salir todas las noches después de la cena. Bastábale atravesar la callejuela para entrar en la taberna; nadie le veía. Emilio iba allí á beber su sueño. El conocimiento rayano de la amistad que Emilio tenía con el amo del establecimiento, excusaba hasta cierto punto su presencia en aquel sitio, y la charla que mantenía con él su antiguo discípulo, que estaba al frente, le daba pretexto para permanecer allí sin parecer borracho. Sin embargo, en los primeros días sentíase

repentinamente acometido de un sentimiento de repugnancia entre aquellas mesas que chorreaban vino como duelas de tonel, á la vista de aquellas cinco ó seis caras vulgares, inclinadas toda la noche sobre los gra-sientos naipes, al resplandor de una lámpara que daba más humo que luz, bajo una antipática oleografía de cantoneras desencoladas que le apuntaba á cada movimiento, y Emilio se preguntaba con frecuencia á sí mismo:—¿Cómo? ¿También he caído yo tan bajo? ¿A los veinticinco años? ¿Después de tan hermosos ensueños?—Pero pensando en las amarguras de su profesión, en la ingratitud de los niños, en su amor desdichado, en toda la perversidad y toda la vileza que había visto, se alejaba luego de su espíritu aquel principio de vergüenza y de remordimiento. Había allí un anciano, barbero y pescador de truchas, que había sido discípulo suyo en la escuela nocturna, y que le divertía con una crítica, algo apayasada, de la administración del Municipio, exornada siempre con símiles y con imágenes que sacaba él de las dos profesiones que ejercía. Concurrían también un corredor de granos, ya viejo; un cantero; el marido de la señora Falbrizio, leñador, un gordinflón pesado, que se reía como un chico; muy enterados de todas las habladerías del pueblo, estos asiduos concurrentes, cuando no jugaban, entreteníanse en pasar una especie de revista, de arriba abajo, á todo lo principalito del lugar, descubriendo mil defectos ridículos ó vicios repugnantes, oyendo los cuales el joven experimentó náuseas en un principio, curiosidad después, y, por último, una complacencia acre, como el placer de la venganza. Allí, por lo menos, Emilio representaba algo; sus antiguos discípulos le trataban aún con deferencia de inferiores; unas veces éste, otras veces aquél, le preguntaban el significado de una frase del periódico, y en la mayor parte de las noches salía satisfecho y muy alegre, con la seguridad de que cogería el sueño apenas se metiera en la cama. Mortificábale únicamente el pensamiento de que había de pasar por delante de la puerta de Faustina Galli y ver la tosca balustrada del terradillo, que de noche, y después de haber bebido, era para Emilio una vista intolerable. Muy á

menudo bebía una copa más para afrontar con indiferencia aquel paso. Bebía sin placer, de prisa, como hubiera tragado una medicina: no le agradaba del vino otra cosa que los efectos. No necesitaba excederse, porque sobre su sistema nervioso, naturalmente delicado y habituado á la templanza, producía el alcohol efecto inmediato y duradero, que aún subsistía cuando á la siguiente noche iba el maestro á beber para renovarlo; era un efecto físico, brusco, profundo, no acompañado de franca alegría, sino de un desorden tumultuoso, de ideas extrañas, tristes y alegres, de propósitos audaces y pueriles, y casi como de conversación, de controversia de distintas personas que gritaran dentro de él mismo, sin ser oídas desde fuera y á las que el maestro escuchaba con estupor y á veces hasta con sobresalto, como escucharía pasos y voces de personas desconocidas dentro de su casa. Ya tarde, salía de la tienda de vinos hosco, tétrico, calculando dificultosamente—contando por los dedos—cuántos y cuáles libros de los que él deseaba tener hacía mucho tiempo, habría podido comprarse ya con el dinero que había gastado allí: este mismo pensamiento le obligaba en alguna ocasión á dejar en la mesa la copa empezada...; pero para tomarla de nuevo un minuto después. Otras noches paseaba un rato por la ronda exterior del pueblo, antes de determinarse á entrar en casa, y después del paseo, penetraba como á la carrera. Aquellas idas y venidas nocturnas, en un trozo muy corto de calle, parecieron insinuaciones de amante tímido á la mujer de un cavador, á la sazón ausente; mujer que miraba á Emilio desde la ventana, y que de la ventana bajó á la puerta; entonces el maestro agregó á la distracción de embriagarse, esta otra. Pasado algún tiempo, comenzó á sentir por la mañana una invencible pereza de imaginación y casi terror de una fatiga enorme al pensar en las tres horas de escuela que le esperaban. La primera hora del día era para él de una tristeza insoportable. Asomábase á la ventana que daba á la calle, para mirar, con sus ojos aún adormilados; para mirar mucho tiempo, como fascinado, el pueblo que odiaba. ¡Oh! ¡Cuán to le odiaba! ¡Casas había que él hubiese hecho des-

truir desde los cimientos! Había esquinas que le eran tan aborrecibles como podrían serlo personas que le hubiesen atormentado durante años enteros. Todas aquellas muestras diferentes de las tiendas que se le habían impreso en la memoria, por su orden, como las letras del abecedario; y aquellas aguas, procedentes de un canalón roto en la casa de enfrente, á lo largo de una pared, que conservaba restos de un bando sobre la leva y un anuncio de embarques para América; aquel perenne lodazal formado por aguas lloviznas delante del portón siempre abierto de aquel patio; aquel corral lleno de fango y de hojas corrompidas; aquel perro cubierto de barro; aquellas gallinas sucias; aquel penetrante hedor de heno podrido y de paja quemada... ¡qué feo, y qué sombrío, y qué lúgubre era todo! Y, en fin, ¡aquel reducido cementerio, construido en escalones... que se veía en lo más elevado del pueblo!... pareciale que la muerte había de ser más fea y más desesperada, más muerte que en ningún otro camposanto del mundo. Para combatir tales tristezas, bajaba á beber una copita de licor antes de entrar en clase, de prisa, con rabia, como si aquellas gotas ardientes debieran hacer padecer y morir, como animales venenosos, á los pensamientos que le martirizaban y vengarle á él de aquellos tormentos. Bebía, no obstante, mucho más por la noche, porque se sentía más fuerte en la mañana, enseñado contra el asalto habitual de la obscuridad. Y por la mañana, y por la noche, para acallar sus remordimientos de maestro, mientras bebía, excitábase, escarneciendo su profesión con todos los lugares comunes que había oído y leído en el transcurso de aquellos cinco años. ¡Cuán burlado había sido! Creía realmente haberse alimentado de poesía durante tantos años, para llegar á morir ahogado entre tanta prosa. Los jóvenes de corazón eran atraídos á la enseñanza elemental como lo son, por ciertos corredores, las muchachas á quienes se promete colocación decorosa en la ciudad, en el seno de una familia honrada, y á quienes se lleva después á una casa de lenocinio. De esta manera, todos sus ideales iban cayendo, unos en pos de otros,

desde el corazón á la copa. La infancia, que le escribía en las tapias del pueblo: «Váyase usted»; la patria, que exigía de él mil sacrificios y le pagaba como á un barrendero... ¡La religión!... ¡La religión dominante era la del cura de Piazzena! Y bebía, bebía. No tenía otro consuelo.

Había intentado dos ó tres noches, al volver á casa, desahogarse escribiendo las amarguras de sus desengaños y su desprecio del mundo; pero adquirió muy pronto la convicción de que hasta ese alivio le estaba vedado. No era bastante poseer la verdad y el derecho y la pasión; se necesitaba también el arte; si no, ¿para qué escribir? Y á Emilio le faltaba el arte. Apoderábase entonces de su ánimo un desprecio profundo á todos aquellos estudios áridos y pedantescos, á los que había consagrado tanta laboriosidad y tantas vigili-
gias, y que para tan poco le servían en la escuela, y fuera de la escuela menos todavía; y con la sonrisa persistente del hombre casi embriagado, miraba la colección de cuadernos de la Escuela Normal, colocados en un estantillo, como si fuera un hato de embustes y de majaderías. Una figura sola, entre los recuerdos de sus estudios inútiles, le imponía aún respeto y le inspiraba cariño, hasta en aquellos soliloquios descorazonados de la borrachera: la figura de su maestro el señor Megari. Sí; aquél estaba profundamente convencido de la verdad de lo que enseñaba, y no mentía; aquél le había amado. Emilio lo recordaba como en su última entrevista, cuando le dió la carta de su madre: vestido de negro, con aquel rostro tan pensativo y tan noble. ¡De qué buena gana volvería á verle! Parecía que sólo Megari podría tornarle á su primitivo modo de ser...; acaso ni ese mismo lo conseguiría. Era ya demasiado tarde. Había perdido su fe para siempre. No le quedaba más esperanza que la de ir tirando de la vida, como tantos otros, burlándose de todo y consolándose como pudiera. Y diciendo esto, con la luz oscilante en la mano, registraba una vez más su alacena, en la que había colocado buena provisión de licores, y bebía otro trago de consuelo y de olvido.

No transcurrió mucho tiempo sin que aparecieran

en su rostro, que con muy poca cosa se alteraba, los indicios de las malas costumbres; una sombra ligera en la frente, cierta flojedad en las mejillas, como después de una larga caminata y un no sé qué de vago y fugitivo en los ojos, festoneados por una línea azulada. Era muy poco aún; pero no podía escaparse á las miradas de una persona que lo quería.

Cierta noche, cuando subía el joven la escalera de su casa, vió en la meseta á Faustina que le aguardaba. Permaneció asombrado un instante, y tuvo intención de volver á bajar. Después, animado por la obscuridad, continuó subiendo.

La joven se le acercó tanto, que Emilio aspiró el perfume de aquel traje de percal recién aplanchado, y aquel olor hizo subir á su cerebro como la fragancia de un ramo de rosas.

—Señor Ratti—le dijo la maestra con voz tímida y cariñosa.

Emilio se detuvo esperando.

Ella entonces se acercó á su rostro y deslizó en su oído, con acento suplicante, tres palabras que le hicieron estremecerse.

—«No beba usted».

Y huyó.

El maestro permaneció un momento allí, como petrificado. Después, una oleada de pensamientos y de recuerdos hermosos, y con ellos todo su amor y una ternura compasiva y profunda, tornaron á su alma, y no le pareció que fuese á consecuencia de aquel reproche dulce y triste de hermana, sino ocasionado por aquella fragancia del vestido que le había desvanecido el pesado sopor de ebrio, como una esencia de gran energía... Pero sus sentimientos más vivos no resplandecían ya en su alma sino como esas lucecillas fugaces que se esparcen al estallar los cohètes y que se apagan en el aire. Emilio volvió muy pronto á caer en su tristeza abrumadora, que se apoderaba de él hacia la noche antes de beber. Penetró en su casa repitiendo muchas veces aquellas palabras: «No beba usted», y contestando para sí, mientras movía melancólicamente la cabeza:—Está bien. Y si cesaba de beber, ¿qué ganaría? ¡Ah! Emilio conocía perfectamente

aquel carácter firme en sus propósitos, como una encina en la falda del monte. Ya que no le amaba como él quería ser amado, podía dejarle resbalar hasta lo último de la pendiente, en la que ella misma le había dado el impulso primero... Si dejaba de beber comenzaría á idolatrarla, tornaría á sus padecimientos horribles... ¡Eso nunca!... «No beba usted». Es peregrino ciertamente esto de herir en el pecho á un hombre y decirle después:—¡No grites! Y Emilio sonreía de lástima hacia él mismo, colocando en la mesa el escaso alimento fiambre que la doméstica le había dejado en la alacena y procurando pensar en otras cosas. Pero aquel aroma de vestido fresco se le entraba por el olfato en el alma y recorría como un filtro por todas sus venas; si no se desprendía de él, recaería seguramente en la calentura de antes: era preciso que se apresurase á evaporarlo. Comió muy de prisa, paseó por el campo... y volvió á la tienda de vinos,

UN CHOQUE

Y siguió concurriendo todas las noches y descuidando cada vez más la enseñanza. Su proceder empezaba á ser advertido y comentado en el pueblo. A los mismos oídos del maestro llegó que el alcalde, preguntado acerca del asunto en el café, había respondido delante de varias personas:—Pronto determinaremos.—Dos ó tres veces, cuando estaba en la taberna por la noche, vió Emilio aparecer detrás de los cristales de la ventana semblantes curiosos, que desaparecían cuando él miraba; una noche le pareció reconocer los bigotes á lo Victor Manuel del asesor licorista. Cuando por la mañana se dirigía á la escuela, echaba de ver que algunos se volvían para mirar si andaba derecho. Todo esto le encolerizaba en extremo. Pero, por fortuna, entre sus discípulos ninguno había sido osado á aludir de una manera clara al vicio del maestro.

Sin embargo, un día, al entrar en la clase, halló dibujada en la pizarra, como en las muestras de las

tabernas, una botella, de la cual surtía vino que iba cayendo en una copa.

El maestro se ruborizó hasta las orejas y miró á los discípulos.

Todos los muchachos sonreían. Emilio se enfureció y los trató de embusteros y de canallas; después fué interrogándoles uno á uno, para descubrir al culpable. Cuando llegó la vez al hijo del licorista, hizo éste el consabido movimiento del cuero cabelludo, que fué causa de una carajada general. Entonces el maestro se cegó, y cogiendo al muchacho por la corbata, lo sacó de los bancos, quedándose con la corbata en la mano.

Aquello puso un poco de orden en la escuela. Emilio se recobró, hizo que borrasen la botella, y comenzó la lección figurándose que todo había concluido.

Al día siguiente, mientras Emilio estaba dictando, se presentó en la clase el licorista.

Creyó el joven que el asesor venía para reprenderle por el mal trato de que se habría quejado el hijo, y como en aquella mañana se hallase extraordinariamente sobreexcitado, se dispuso á contestarle como era debido.

Pero el asesor no abrió la boca.

Apenas hubo penetrado, se plantó frente á los bancos y miró en rededor suyo, sin hablar, como si quisiese dar tiempo á los alumnos y al maestro para fijarse en su semejanza con el Rey difunto.

El maestro, impacientándose le preguntó:

—¿Puede saberse qué es lo que usted desca? Estaba yo dictando y...

El licorista respondió con mucho comedimiento que había ido á visitar la escuela.

El maestro le tuvo por loco.

—¿A visitar la escuela?—le preguntó.—¿Y con qué carácter?

El licorista, adoptando aire de gravedad, le respondió:

—Con el carácter de superintendente de escuelas.

Emilio se puso en pie de un salto, y exclamó:

—¡Superintendente de escuelas! ¿Desde cuándo? Y ¿á qué carga de agua?... Y usted perdone.

—Hace tres días—respondió el asesor;—en virtud

de una resolución del Consejo, en vista de que mi compañero, señor Garzi, había dimitido este cargo por razones particulares.

Así era, en efecto; el alcalde había conseguido que el nombramiento se hiciese á la chitacallando, y designado precisamente al licorista á fin de tener á mano un arma más cortante que cualquiera otra para herir en el pecho á su enemigo. Comprendiólo el maestro, y aquella afrenta, al caer sobre el alcohol que aún le quedaba en el cuerpo desde las primeras horas de la mañana, le puso fuego.

—¡Pero yo no sé nada!—gritó encolerizado;—el nombramiento de usted no me ha sido notificado como era debido; no lo reconozco.

—¡Señor maestro!—interrumpió el licorista;—esta usted jugando su plaza.

—Más exacto sería decir que es usted el que pretende jugar conmigo. ¿Quién ha visto nunca enviar á la escuela un **superintendente** cuyo nombramiento no ha sido notificado á los profesores?

—Se lo notifico yo.

—Pero eso no basta. No puedo tolerar una notificación hecha en esta forma.

—Tolerará usted una suspensión de sueldo.

—No la toleraré sin motivo.

—El motivo es que falta al respeto á sus superiores. Y yo mismo escribiré al Provisor.

—También yo escribiré.

—Ambos escribiremos.

—¡Escribid vosotros ahora!—gritó el maestro dirigiéndose á los alumnos y reanudando su tarea del dictado.

Aquella broma hizo soltar la carcajada á los muchachos, que siempre se ponen de parte de quien dé el último golpe. Pero el asesor se puso furioso.

—¡También dará usted cuenta de esta burla!—gritó; y volviéndose hacia su hijo, prosiguió imperiosamente:—¡Largo de esta escuela!

El muchacho saltó del asiento lo mismo que un gato, y siguió temblando á su padre, quien cuando hubo llegado á la puerta, volvió la vista atrás y lanzó aún otra mirada preñada de amenazas.

Al siguiente día recibió el maestro, por conducto del ordenanza, la notificación oficial de haber sido suspendido de sueldo por tres días. Pero no fué esto todo. El alcalde había oficiado al Provisor abultando mucho las cosas. Al fin de la semana, el maestro recibió del delegado de escuelas la orden de presentarse al Provisor en Turin inmediatamente.

EN EL DESPACHO DEL PROVISOR

Partió Emilio Ratti con disgusto, augurando mal sobre el resultado de la llamada. Era una mañana del mes de Mayo; el cielo parecía de mal humor, como el maestro; crespones inmensos de una neblina blanca se cernían sobre el valle, y desde las cimas de las montañas más altas descendían con lentitud á envolver las crestas de las menores alturas, difundiendo un frío de otoño. Para entrar un poco en calor, hizo detener el carruaje en las «Casas Rojas», donde bebió un trago, y otro tanto y más trasegó en la primera parada de la diligencia; después de lo cual principió el joven á ver menos negros sus asuntos. Parecíale imposible que le hubiesen llamado por haber abandonado un poco la enseñanza; porque ese abandono no se había hecho constar, ni con visitas de inspección, ni con exámenes de las autoridades municipales; porque se hubiese dado á la bebida tampoco podía ser, pues aún no había producido públicamente espectáculo alguno, y le parecía sobremanera ridículo, por otra parte, que el Provisor le hubiera obligado á emprender tan largo viaje, sólo para aconsejarle que «aguase su vino». No quedaba, por consiguiente, otro porqué admisible que la disputa con el superintendente, en la cual, hasta cierto punto, comprendía Emilio que tenía la razón de su parte. Entre tanto, y á medida que bajaba hacia la llanura, se aclaraba el horizonte. Cuando se encontró en la estación del ferrocarril, brillaba un sol esplén-

dido, que lo reanimó todo. Ya en el vagón calculó que acaso no fuese tampoco la intención del Provisor echarle un rapapolvo, sino que hubiera cogido por los cabellos aquella ocasión para hacerle venir á la ciudad y preguntarle en confianza acerca de la marcha de los asuntos escolares en aquel Ayuntamiento, con el que debía de estar poco satisfecho desde mucho antes; fijándose en esta idea, bajó en la primera parada del tren á reforzar su estómago con una copita de Fernet; decidió que si le preguntaban lo diría todo, sin consideración á nadie, aún á riesgo de que se formase un proceso. Poco antes de llegar á Turín, al contemplar aquella hermosura primaveral de la campiña, entró en un orden de ideas aún más alegres. Emilio había oído hablar mucho del Provisor, hombre de gran fama; muy conocido, aún fuera del mundo profesional, por obras de crítica histórica que habían obtenido gran aceptación y elogiado siempre en los periódicos, con motivo de solemnidades académicas, por los discursos originales y ardientes que en aquellos actos pronunciaba. El pensamiento de habérselas con un hombre de gran talla y de autoridad superior á su cargo, antes que intimidarlo le animaba, porque los jóvenes ambiciosos aman en los hombres célebres su propia imagen de mañana y los suponen más indulgentes que las medianías, porque los consideran más dichosos.

Cuando se halló en Turín, en aquella interminable calle Doragrossa, llena de gente y de luz, le pareció que la alegría de la ciudad era para él de buen agüero. Entró para tomar algún alimento en «Los tres bastones», donde ya había estado con Lérica, y paladeando su vino, preparó en la memoria lo que había de decir con arreglo á las distintas preguntas probables. Precisamente sólo esto le preocupaba: el modo de expresarse dignamente con aquel hombre culto, literato y orador aplaudido. Emilio echaba de ver en sí mismo, desde hacía poco tiempo, á consecuencia del abuso de la bebida, una dificultad cada vez mayor para hablar italiano, lo cual ocurre muy fácilmente, aún en el transcurso de pocas semanas, al que ha estudiado la lengua nacional como un idioma extranjero, más en los libros que en las conversaciones y para hablar

correctamente, ha menester de gran esfuerzo de la inteligencia, aún teniendo el cerebro muy despejado.

Descuidando hacía algún tiempo aquel esfuerzo, ya por pereza, ya por olvido del sentimiento del propio decoro, Emilio había llegado á caer en una incorrección vulgar de su lenguaje; incorrección de la que cada día pensaba corregirse al siguiente, y que poco á poco hubiera podido vencer, pero no así de pronto, como lo necesitaba aquel día. Para dominar el temor y dar suelta á las palabras, nada más á propósito que beber alguna copita de más. Hecho esto, el joven advirtió muy luego que afluían á sus labios las palabras y las frases más adecuadas para desarrollar cualquier idea que se le ocurriese, y aún se propuso decir más de lo que le fuere preguntado. ¿Por qué no había de aprovechar la oportunidad de darse á conocer á un hombre de tales condiciones, si refiriéndole sus desgracias de familia, sus primeros entusiasmos por la escuela, sus desengaños; si pidiéndole consejos acerca de su profesión y de sus estudios, y manifestándole con franqueza juvenil sus propósitos de instruirse y de hacer carrera podía inspirarle simpatía y aún arrancarle un ofrecimiento de auxilio, que podría influir en toda su existencia?

¡Cuántas fortunas de jóvenes desconocidos se habían originado en uno de esos encuentros casuales con un hombre ilustre y poderoso, que había adivinado el ingenio y el corazón de los tales jóvenes y los había elevado con afecto paternal y con el convencimiento de que realizaba un acto de justicia! Con tan hermosos pensamientos continuaba bebiendo como si quisiese regarlos para que crecieran vigorosos rápidamente; y de este modo excitado, lleno de esperanzas y de palabras dispuestas, mirando benévola y con transientes, con la cabeza un tanto pesada, pero con desembarazado paso, se encaminó, un poco antes de la hora, á las oficinas del Provisor. En el ángulo de la plaza Castello bebió todavía dos deditos de «Marsala» para dar el último espolazo á su valor, y á la hora señalada entró en el edificio.

Vió con disgusto que había ya muchas personas esperando: las unas, sentadas en la antesalita; las otras,

de pie en el corredor, recostadas en las paredes á derecha y á izquierda de la puerta del despacho del Provisor. Ratti entregó su tarjeta á un portero muy grueso y muy afeitado, que le volvió la espalda y tornó poco después diciendo gravemente:—Tome usted turno. No teniendo dónde sentarse, Emilio se apoyó en el postigo de una puerta de la antesala, que estaba abierta, de modo que no podía ver simultáneamente lo que ocurría en la sala y lo que sucedía en el pasillo. Lo mezquino de aquel estrecho y mal alumbrado espacio, que exhalaba olor oficinesco, y el silencio de aquellas gentes inmóviles que parecían una multitud de enfermos en la sala de espera del médico, desvanecieron de repente su buen humor. En medio de aquel silencio, se oía de cuando en cuando, de la otra parte de la puerta cerrada, una voz varonil, apagada, que debía de ser la del Provisor, y una voz de mujer, que hablaba rápidamente. Para engañar el tiempo, comenzó Emilio á observar la concurrencia. Había allí maestras de pueblo vestidas todas de un color, verdoso ó rojizo, con un velito negro en la cabeza, con papeles y estuches en las manos y con abanicos de muy poco precio; entre éstas había también una Hermana de la Caridad que tomaba apuntes en un librito de memorias. Cerca de la ventana estaba muy erguido un maestro que parecía cabo de la Guardia civil, con licencia temporal, con unos bigotillos muy retorcidos, con la cabellera partida desde la nuca, con las piernas algo arqueadas y muy firmes; éste, de cuando en cuando, escupía por el colmillo, como suelen hacerlo los aristócratas de la gente del bronce. Debía de ser un Tenorio rural, tal vez llamado por asunto de amoríos. Próximo á éste veíase á un viejo de barba entrecana, que tenía el rostro y el traje de cantante de ópera averiado, y muy cerca de la salida dos maestras jóvenes, de nariz algo encorvada, que le parecieron judías. Todos estos personajes se miraban unas veces muy serios, ó leían por centésima vez los impresos fijos en las tapias, que eran anuncios de concursos, de exámenes de reválida, de oposiciones á plazas de Institutos, entremezclados con carteles viejos de botánica. Uno sólo manifestaba ostensiblemente

su impaciencia: un sacerdote grueso, de aspecto distinguido, con anteojos de armadura de oro, el cual iba y venía dándose aires de amo por la antesala y por el corredor, examinándolos á todos de pies á cabeza. En la obscuridad del pasillo veíanse algunos misioneros jóvenes de «San Vincenzo» con sus grandes alzacuellos blancos, é inmóviles como estatuas. Algunos adolescentes, que debían de ser, por las señales, estudiantes de Colegio ó de Instituto, pasaban con hojas de papel sellado; entraban padres de estudiantes; nuevos maestros y nuevas maestras seguían llegando á medida que salían los primeros; todas con caras pensativas, en las cuales se leía una esperanza, un temor ó una angustia, y detrás de las cuales vislumbraba Emilio confusamente en su imaginación, como en el fondo de tantos retratos, alumnos espías, campanarios de aldea, rostros adustos de alcaldes, bolsas cerradas de habilitados.

Pero al cabo de media hora de espera, todas aquellas figuras comenzaron á velarse para los ojos del maestro. Una somnolencia pesada le invadía el cerebro y oscurecía sus ideas; y con este sopor sentía el joven un disgusto insoportable de todos los infortunios, de todas las ansias que en rededor suyo adivinaba, y que evocaban en su espíritu el recuerdo de las amarguras propias. Aquella voz apagada del Provisor, que oía muy frecuentemente, principió á inquietarle, como si fuese dirigida á él, á través del tabique, y el esfuerzo que casi inconscientemente hacía para comprender alguna palabra, le fatigaba en extremo. De pronto, fijando su mirada en un anuncio de los «tranvías de Turín» que estaba pegado en la pared, notó con sorpresa muy desagradable, y hasta con espanto, que las letras le bailaban y que no podía leer. Intentó repetir de memoria el discursito que llevaba preparado; las ideas se le escapaban; amontonábanse desordenadamente las palabras; se repetían las frases; hubo de volver al principio muchas veces. Después, reponiéndose un poco, pensó que había dormido durante tres ó cuatro minutos. Para permanecer despierto, comenzó á contar las personas presentes; pero cualquiera que pasaba cortaba el hilo de su enumeración

y era necesario que comenzase á contar de nuevo. Examinó los rostros de cuantos salían del despacho del Provisor; algunos llevaban aire de triunfo, otros iban con la cabeza baja y refunfuñando; una maestra salió llevándose el pañuelo á los ojos. La procesión no acababa nunca. La Hermana de la Caridad permaneció una media hora, y escapó á la carrera sin que se pudiese ver su rostro; como viera desocupado un asiento, el joven se sentó y volvió á quedar adormilado. Cuando abrió de nuevo los ojos, se sintió peor que antes, con la imaginación llena de pensamientos tristes, con la conciencia rebajada del culpable que va á presentarse ante sus jueces, invadido por un malestar, por un cansancio y un quebrantamiento de huesos tal, que temió no poder atravesar el pasillo. Tornó á cerrar los ojos, y se desveló de repente; el ujier había pronunciado su nombre.

Aclarósele á Emilio la inteligencia en un instante; pero cuando respondió: «¡Presente!» produjo una voz poco grata, y al atravesar el corredor necesitó detener el paso. El ujier abrió la mampara, mirándole con algún recelo; el joven se detuvo en el umbral, con el sombrero en la mano y buscando con la vista al Provisor.

—Pase usted—le dijeron.

Al sonido de aquella voz se estremeció Emilio.

Acercóse hacia la mesa, y cuando el Provisor se volvió á él, encontráronse frente á frente.

Era el señor Megari.

Como hacía ya bastante tiempo que el maestro no leía, ni abría siquiera, los periódicos de la profesión, ignoraba que el provisor de Turín había sido llamado de pronto á la Dirección de Instrucción primaria, en el Ministerio de Enseñanza pública, y que el señor Megari, provisor en Alejandría desde un año antes, había sido designado para sustituir al anterior hasta su regreso.

Al primer movimiento de sorpresa sucedió en el alma de Emilio un impulso del corazón que le obligó á dar unos pasos más y á tender la mano á su antiguo maestro.

Pero el Provisor lo miró y no se movió. Aquella

reserva aterró á Emilio. Sentía fija en él una mirada escrutadora, y clavó los ojos en el suelo.

La primera pregunta del señor Megari no tuvo el tono de una reprensión. Parecía como si el Provisor tuviese un pensamiento distinto del que expresaba con sus palabras.

—¿Qué ha tenido usted con el superintendente, señor Ratti?

El sonido de aquella voz severa recordó al joven mil cosas en un solo momento. La idea de tener que explicarse le espantó como la idea de un suplicio. Titubeó, hizo un esfuerzo doloroso con todas sus facultades y comenzó á responder. No le habían notificado el nombramiento del superintendente nuevo; ¿por qué no se lo habían notificado? Esto reconocía por causa la enemistad del alcalde. Era necesario, por consiguiente, que él contase de qué modo había nacido la enemistad del alcalde. Pero se hacía preciso que dijera también lo acaecido á la maestra señorita Galli. Y antes de que la señorita Galli llegase, ya había habido otros pleitos con otra maestra. También esto debería saberse. El, por su parte, nunca había dado motivo para un reproche. De pronto, porque se hablaban ella y él, surge la calumnia. Trasladan á la maestra. Después sobreviene el asunto del periódico. El la hablaba desde el terradillo. Entonces la tomaron con sus alumnos. Faltaba el yeso, faltaba la tinta, no se barría en la escuela. Pero la persecución había comenzado desde mucho antes... Y así prosiguió embarullándose cada vez más, bajo la mirada fija de su oyente, dejando escapar vocablos en dialecto, perdiendo y volviendo á tomar la ilación, con la lengua torpe, con la voz insegura, hasta que las ideas se le embrollaron del todo, la vergüenza le venció, y como acometido de un síncope, interrumpiéndose en la mitad de una proposición, calló de repente.

El Provisor dió entonces un paso hacia él, y después de un rato de silencio, bajando bastante la voz, díjole con acento, antes que de indignación, de amargura:

—¡Ratti! ¿A qué extremo hemos llegado? ¿Qué vida

ha sido la suya en este tiempo? ¿Con quién ha vivido usted? ¿Cómo ha cambiado de esta manera?

La voz de su madre, saliendo de la tumba para inculparle, no hubiera atravesado el corazón de Emilio como aquella voz en la cual escuchaba como el eco de los años primeros de su juventud; su amor al estudio, ya perdido; el luto por sus entusiasmos de maestro y por su dignidad de hombre, degenerados. Pero no halló palabras con que responder.

—Salga usted—dijo con aspereza el señor Megari,— y vuelva cuando sea dueño de sí. Ahora no está usted en disposición de oírme.

Emilio inclinó la cabeza bajo aquellas palabras como si hubiese recibido un latigazo, y se fué hacia la puerta, pero dirigiendo al Provisor una mirada en que se pintaba tal humillación, que Megari lo detuvo con una seña cuando llegaba Ratti á la puerta.

—¿Cómo ha osado usted—le preguntó,—presentarse á mí en este estado? ¿Ha llegado usted ya al rebajamiento de no tener conciencia de los excesos propios? Al verle hoy, he dudado si debía dar crédito á mis ojos. Conocí en la escuela normal á un joven bueno y animoso, uno de los pocos que me parecían llamados á ejercer noblemente la profesión de maestro, y le quise mucho: no lo he olvidado, y deseaba volver á verlo. Pero usted no es aquél. ¿Qué ha hecho usted para perderse en cinco años? ¿Cuánto tiempo hace que usted no estudia? ¿Se presenta usted de este modo á sus discípulos? Haga usted, al menos, un esfuerzo antes de salir; dígame siquiera que hace poco tiempo que se separó usted del buen camino, y que sus extravíos no pueden ser otra cosa que un paréntesis obscuro en su existencia.

Cada una de estas palabras desgarró un velo de los que oscurecían el entendimiento del joven y le dió un débil impulso para hablar; pero la emoción y la vergüenza tenían su lengua atada.

El Provisor se acercó más á él.

—El asunto del superintendente—siguió diciendo,—no tiene importancia: podré arreglarlo. Lo grave que hay aquí es que usted no es un maestro. No lo digo sólo por su estado del momento; comprendo perfecta-

mente que; aún prescindiendo de esto de ahora, la inteligencia de usted no es ya la de antes; que su vida ha cambiado, y que su escuela debe de ser un desorden, porque usted no la cuida ni la ama. No he menester preguntarlo á nadie. ¿Así ha correspondido usted á la última recomendación de su madre? Señor Ratti, ¿dónde ha puesto usted esa carta? ¿La habrá usted perdido?

El joven se llevó una mano á los ojos; después la bajó, dejando al descubierto su rostro bañado en lágrimas, y contestó con voz animada:

—¡La conservo todavía y siempre, señor director! Perdóneme usted el haberme presentado de este modo. No forme usted de mí un juicio excesivamente desfavorable. Puede usted consultar las relaciones de los inspectores; he cumplido con mi deber en estos cinco años. Puedo decir que ni usted mismo habría tenido que dirigirme una reprensión. También he procurado estudiar. Después vinieron las persecuciones, he tenido disgustos, y he querido olvidarlos. Pero de esto hace pocos meses. Estoy aún á tiempo de retroceder. Considere usted lo que es vivir en un pueblecillo... Si nos toman inquina, nadie hay que nos defienda ni nos aconseje; ponen á los alumnos contra el profesor, le envenenan la existencia. Y no tiene distracción, ni libros, nada. Entonces se deja arrastrar. Pero yo no tengo mancha alguna sobre mi conciencia. Puede usted informarse. Puedo llevar erguida la frente ante mis compañeros; no me atrevería á decírselo á usted si no fuese cierto. Además... he vuelto á ver á usted, me basta. Si usted me perdona, soy el de entonces. Mi madre no puede escribirle, pero yo puedo todavía pedir á usted perdón en nombre de ella, sin deshorrar su memoria: se lo juro.

Y pasándose vigorosamente una mano por el rostro como para acabar de despejarse, exclamó:

—Heme aquí otra vez... Todo se ha pasado.

El Provisor le miró fijamente por un rato, y después le tendió ambas manos, y dijo:

—Lo creo.

El joven se las estrechó con ardor y bajó la cabeza para besarle la mano derecha. Megari no se lo permi-

tió, y con la autoridad antigua, templada por el afecto y sin soltarle las manos, le dijo:

—Me promete usted tornar á los propósitos mismos con que salió de la Escuela normal, ¿no es cierto? Volver al camino del maestro cariñoso, amante de sus discípulos, orgulloso con su profesión, fuerte ante las persecuciones, digno en su vida íntima. ¿Me promete usted que volverá á estudiar?

El joven indicó enérgicamente que sí.

—Pues bien—siguió diciendo el señor Megari;—también para mí ha pasado todo... Seguiré acompañando á usted con el pensamiento en todas las vicisitudes de su vida, y queriéndole como antes. Comprendo los motivos de su cambio, aún aquellos que usted no ha dicho: conozco la vida del maestro, todo me lo figuro y disculpo muchas cosas; pero mi discípulo de entonces tenía corazón y fuerzas para superar todas las contrariedades, aún las tiene, y tengo confianza en él. Ahora regrese usted á su pueblo, entre sus discípulos, y vuelva á consagrarse del todo, por completo, al cumplimiento de su deber, con amor, con paciencia; ya verá usted cómo tornan días tranquilos, y hasta horas felices. Adiós... y piense usted en su madre.

—¡Y en usted!—respondió el joven con ímpetu,—mientras yo viva...

Y salió radiante cuando el ujier hacía entrar á los misioneros de «San Vincenzo», detrás de los cuales aún se prolongaban dos filas de sombras inmóviles, en actitud de esperar resignadas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

